

Háblame, Señor...quiero servirte

Si tomas algún texto de este pequeño libro, te pedimos incluyas APA

Colabora con nuestro ministerio.

Para más información comunícate con [René](#)

E-Mail: <mailto:renealvarado@elpoderdedios.org>

elpoderdedios.org

Publicaciones Ministerio de evangelización Pan de Vida Inc.

©1999-2023

Derechos al autor. Copyright ©1999

[René Alvarado](#)

Háblame, Señor... quiero servirte

Contenido

Introducción	3
Nuestro llamado	6
Obedeciendo la voz del Señor	10
Jesús nos envía como discípulos	14
Como sirve el católico	20
El servidor ora	24
El Servidor ora parte dos	27
Nuestra oración	27
El orar en Espíritu y en verdad	27
Jesús nos enseña a orar	29
De alabanza a la contemplación	31
La alabanza	31
La adoración	32
La contemplación	32
Reconciliación	34
Santa Eucaristía	38
Conclusión	42

Introducción

Queridos hermanos en Cristo Jesús. Con todo el amor del Señor, se ha creado este manual para la formación de servidores.

Nuestra intención es la de ayudar a todas las diferentes comunidades que existen dentro de nuestra Iglesia, a formar mejores servidores, quienes sirviendo al Señor han dedicado tiempo, energías y hasta su propio dinero, para levantar la obra del Señor.

Es necesario que como católicos, estemos bien formados en todos los aspectos de nuestra vida cristiana. Muchos grupos de renovación tienen servidores que le echan muchas "ganas", pero echarle ganas no es suficiente. Lo importante es estar bien formados en el magisterio de nuestra Iglesia y sobre todo tener en cuenta que no le servimos al líder del grupo o al sacerdote de nuestra comunidad, más bien debemos de entender que le servimos al todo poderoso, creador del universo mediante la unión que tenemos con el Obispo, en nuestra diócesis.

Los Documentos del Vaticano II nos invitan a que como laicos, seamos servidores fieles, trabajando unidos a nuestra Iglesia: "Dado que Cristo Jesús, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta..." (LG 34).

"Vayan, pues y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos" Mt. 28:19-20

Esta es la misión que el Señor Jesús nos ha encomendado; Es la orden que debemos de atender todos aquellos que hemos sido bautizados, evangelizados y catequizados, no porque hay que hacerlo así, sino que porque amamos a Dios, quien nos "amó primero" (1 Jn. 4:19; Rom. 8:37).

Para poder llevar a cabo lo ordenado por el Señor, debemos de comprender que hay que comenzar por despojarnos del mundo material amando al prójimo como a nosotros mismos, pues de esa manera estamos amando a Dios (1 Jn. 4:19-21).

También debemos de saber que el atender a ese llamado, significa que, tendremos que sacrificarnos, que debemos de tomar el arado sin voltear a ver hacia atrás. Es entregar nuestras vidas por completo, dejando las cosas materiales por un lado; es tomar los bienes espirituales, llenando nuestras vidas del poder inmenso de Dios, quien obra en nosotros, de tal manera que podemos llegar hasta decir como San Pablo: "Ya no soy yo el que vive, sino que es Jesús el que vive en mi (Gal. 2:20).

Si hemos escuchado su llamado, entonces debemos de abrir nuestro corazón completamente y en lo más íntimo de nuestro ser, tenemos que atender a su voz, no a medias, no solamente cuando se nos da la regalada gana, pero de una forma total. Esto significa que él en su bondad, viendo nuestros corazones humildes, nos sabrá recompensar, quizá, no con bienes materiales, más con una vida eterna (Mt. 20:1-14).

"Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quiera asegurar su vida la perderá, y quien sacrifique su vida por mí y el Evangelio, se salvará" (Mc. 8:34).

Soltémonos y sirvamos a Dios con el carisma que él ya nos dio, ya bien sea como predicador, líder del grupo, facilitador, maestro o como parte del servicio y sobre todo hagámoslo por amor, preparándonos en lo mejor que podamos de las enseñanzas de nuestra bendita Iglesia católica, dejándonos guiar por el Espíritu del Señor para cumplir su voluntad.

En el nombre del Señor esperamos que este manual sea de mucho interés para el trabajo que realizamos en medio de nuestra Iglesia, comunidad o grupo de renovación y, de la misma manera recomendamos que busquemos las enseñanzas que nuestra propia diócesis nos brinda para ser mejores servidores.

Los Documentos del Vaticano II, El Nuevo Catecismo, los documentos pastorales y todos los otros documentos eclesiales, son de sumo interés para nuestras vidas al servicio del Señor y de nuestra comunidad. Es por medio de toda esa enseñanza, como nosotros seremos educados por el magisterio, lo que, nos ayudará en sabiduría, para llevar la verdad a la humanidad. El leer la Biblia es bueno, pero si no lo hacemos ayudándonos con otros documentos, caeríamos en el tan famoso "fundamentalismo" de los hermanos separados, que no se basan en nada más que en las Escrituras. Eso no quiere decir que la Biblia sea menos que los otros documentos, al contrario, ella es la base fundamental en nuestra vida cristiana. Pero lo que queremos decir es que no podemos quedarnos solamente en lo escrito hace siglos, sin adaptarlo a nuestros tiempos y eso hermanos de mi corazón, solamente lo lograremos por medio de la enseñanza magisterial de la Iglesia.

Recordemos que un servidor preparado en todo sentido, tanto espiritual (oración, ayuno, eucaristía), como magisterial (enseñanza de la Iglesia), será un servidor muy valioso. Un servidor sin preparación es un servidor ciego que trata de guiar a otro ciego, y como nos dice la Palabra, los dos caerán y posiblemente no se levantarán (Mt 15:14).

Por lo tanto, debemos de adentrarnos en todo tipo de preparación, desde el amor a Dios sobre todas las cosas, hasta amor por el prójimo. "Y todo lo demás, vendrá por añadidura" (Mt. 6:33).

Esperamos que lo que escribimos aquí, sea de interés y que nos ayude a permanecer y perseverar en su amor y su servicio, en el amor de Jesús.

[René Alvarado](#)

Ministerio de evangelización Pan de Vida. Inc.

Nuestro llamado

Dios en su bondad, nos ha llamado desde siempre a que nos acerquemos a él. Nos ha llamado de diferentes formas. A unos nos ha llamado desde que éramos niños, como el caso de Samuel (1 Sam 3:4-11), por ejemplo. Posiblemente nos ha llamado desde que éramos jóvenes, como caso de Jeremías (1 Jer. 1:4-9); o como el llamado que le hizo a Moisés, siendo él ya un viejo (Ex. 3:1-4:1-14).

Como vemos, Dios nos llama de distintas edades y de distintos rangos sociales. Él siempre está hablando a nuestro corazón para que no solamente nos convirtamos a él, sino a que le sirvamos de todo corazón.

Un corazón convertido, no se queda solamente con decir: "aleluya gloria a Dios", sino que tiene que estar dispuesto a servirle y hasta a dar la vida por los demás.

Es interesante como nosotros (especialmente en este país de la abundancia), nos andamos quejando de cómo vivimos, y hasta llegamos a decir que no le podemos servir a Dios, porque tenemos que trabajar para alimentar a nuestra familia. Nos olvidamos de que Dios nos promete que nunca nos faltaría el pan y el techo y ni siquiera el vestido. "No anden tan preocupados ni digan: ¿tendremos alimentos? o ¿qué beberemos? o ¿tendremos ropas para vestirnos? Los que no conocen a Dios se afanan por esas cosas, pero el Padre del Cielo, Padre de ustedes, sabe que necesitan todo eso. Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios, y se les darán también todas esas cosas. No se preocupen por el día de mañana, pues el mañana se preocupará por sí mismo. A cada día le bastan sus problemas" (Mt. 6:31-34).

Lo más triste del caso es que somos como Pablo nos dice: "Cristianos cómodos y militantes". Nos quejamos de todo lo que nos pasa en medio de la familia, sin darnos cuenta de que en países de medio oriente, la Iglesia está siendo perseguida y todo aquel que se declara cristiano, lo matan o lo encarcelan, martirizando sus cuerpos, hasta dejarlos completamente desfigurados. Recordemos la época de los cristeros en México a principios de este siglo. Todo aquel que se declaraba abiertamente cristiano, era mutilado o las plantas de los pies rebanados, y luego los hacían caminar de esa manera, por el simple hecho de decirse cristiano. Muchos fueron los mártires durante esa época, tanto así fue su fe en Cristo, tanto fue su deseo de mostrar con acciones el ser cristiano, que al momento de morir, su grito era "¡VIVA CRISTO REY!"

Nosotros en la actualidad, nos quejamos y dejamos de servirle a Jesús, por cosas que verdaderamente dan vergüenza. Recuerdas el día en el que te llamó el Señor y tu con gran entusiasmo le dijiste: "Sí Señor aquí estoy, envíame a donde tú quieras enviarme"; con el tiempo te has ido dando cuenta que esa promesa, se ha quedado solamente en promesa, pues te has dado cuenta de que servirle al Señor no es nada fácil. Especialmente cuando quieres servir en medio de tu parroquia. Posiblemente sea el hecho de encontrarte con hermanos que envés de ayudarte a seguir en la lucha y en el servicio, te apacientan, no

como buenos pastores, sino como lobos vestidos de ovejas (Mt. 7:15), los cuales se dedican al chisme y a levantar falsos contra tuya. A lo mejor sea por el hecho de que no encuentres amor en medio de tus hermanos y pienses que es mejor estar en la oscuridad del mundo en donde nadie te molesta y nadie te pide nada, a estar en la oscuridad de tu comunidad.

En el evangelio de San Mateo, Jesús nos habla bien claro cuando nos dice: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no es digno de mí. El que vive su vida para sí la perderá, y el que sacrifique su vida por mi causa, la hallará" (Mt 10:37-39).

"El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no es digno de mí". Sería verdaderamente interesante averiguar cuál es la cruz que cada uno de nosotros los "convertidos", llevamos a costas. Qué es eso tan pesado que no podemos dejar de llevar por el Evangelio. Y es que atender el llamado a seguir a Jesús, es sacrificio y dolor. Debemos de abandonarnos inclusive a nosotros mismos, dejándonos conducir por su sola presencia, para alcanzar el triunfo deseado, que es la vida eterna. Por eso debemos, como católicos renovados en el Espíritu Santo, estar dispuestos a atender el llamado que Jesús nos hace y sobre todo, estar dispuestos a abandonar nuestra comodidad del hogar y salir con la luz de Cristo, a iluminar la oscuridad de muchos corazones que están como un día, nosotros estábamos.

También debemos de comprender que servirle a Dios es lo más hermoso que cristiano alguno puede hacer. Porque no es posible que todo aquel que aclama al Señor, pueda dejar de servirle. No podemos ir por la vida caminando solo por caminar. Debemos de aprovechar el camino, para predicar su Evangelio, tendiendo la mano al desvalido, vistiendo al desnudo y alimentando al hambriento. "A los laicos se les presentan innumerables ocasiones para el ejercicio del apostolado de la evangelización y de la santificación. El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas, realizadas con espíritu sobrenatural, tienen eficacia para atraer a los hombres hacia la fe y hacia Dios, pues dice el Señor: Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos (Mt. 6:16)" (AA 6).

En otras palabras podemos decir que servir a Dios, es amar a Dios. Miremos por ejemplo en la parábola de buen samaritano. "Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» Jesús le dijo: « ¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?» El hombre contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo» Jesús le dijo: « ¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás» El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: « ¿Y quién es mi prójimo?» Jesús empezó a decir: «Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vio, tomó el otro lado y siguió. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese

lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo. Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cuídalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta» Jesús entonces le preguntó: «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?» El maestro de la Ley contestó: «El que se mostró compasivo con él» Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo»" (Lc. 10:25-37).

Es que no podemos decir que amamos a Dios, cuando no le servimos al prójimo. Todo el que vive en Jesús debería de aprender de esta parábola. Los samaritanos y los judíos, estaban en constantes pleitos, porque tenían diferentes formas de adorar a Dios. No se podían ni ver. Más, sin embargo, al samaritano no le interesó su religión, ni le importó si aquella persona mal herida, era o no judío. Lo único que le interesó fue el de tender la mano, a aquel, que necesitaba de ayuda, sin saber si este un día le podría recompensar lo que hacía por él. De la misma manera debemos nosotros de tender la mano, a los demás. Debemos de estar dispuestos a servir por amor a Dios y al prójimo sin esperar nada a cambio.

Servirle al Padre, no es meterle una religión al necesitado, no es solamente rezar un Padre nuestro o cien rosarios, para que el necesitado solucione sus problemas. Recordemos que el samaritano no le dijo al malherido: "No te preocupes, yo voy a rezar a Yahvé, para que tus heridas sean sanadas" ¡No! Él no tuvo tiempo de rezar en ese instante. Él vino, vio y ayudo. Por lo tanto con ese maravilloso ejemplo, debemos todos los renovados, tender la mano sin forzar una religión, más debemos llevar la Palabra del Señor al corazón de los demás a través de atenderles en su necesidad.

Debemos de atender a ese llamado del Señor, con un gran empeño interior, abriéndonos a buscar hacer su santa voluntad, desinteresados de todo pago material, más interesados por lograr un día estar ante el Señor.

Si Dios nos ha llamado, es necesario, que le respondamos a ciegas, confiados plenamente en que él nos sabrá guiar por dónde quiera que él nos indique. Veamos por el ejemplo de Pablo: "Saulo no desistía de su rabia, proyectando violencias y muerte contra los discípulos del Señor. Se presentó al sumo sacerdote y le pidió poderes escritos para las sinagogas de Damasco, pues quería detener a cuantos seguidores del Camino encontrara, hombres y mujeres, y llevarlos presos a Jerusalén. Mientras iba de camino, ya cerca de Damasco, le envolvió de repente una luz que venía del cielo. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Preguntó él: « ¿Quién eres tú, Señor?» Y él respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Ahora levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que tienes que hacer» Los hombres que lo acompañaban se habían quedado atónitos, pues oían hablar, pero no veían a nadie, y Saulo, al levantarse del suelo, no veía nada por más que abría los ojos. Lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco. Allí permaneció tres días sin comer ni beber, y estaba ciego" (Hc. 9:1-9).

La escritura continúa diciéndonos que Pablo atendió ese llamado y convertido se entregó totalmente a propagar el Evangelio, en medio de calamidades, pero siempre dejándose guiar por el llamado que Dios hizo a su corazón.

Hoy es el día que Cristo ha elegido para que no solamente te entregues a él, sino que le sirvas, despojándote de ti mismo, rasgando tus vestiduras y con la plena confianza que él te dará lo que necesites, desde antes de que se lo pidas (Mt 6:8).

"«El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» «Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados... Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús» En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, El no forzó jamás a nadie jamás. «Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino... crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia él" (NC 160).

Dispongámonos, pues, a servirle por amor a él y a nuestros hermanos. Digámosle "que se haga su voluntad" (Mt. 26:42), y verás entonces, que bueno es el Señor.

Obedeciendo la voz del Señor

María, la llena de gracia, la bendita entre las mujeres, Tabernáculo Santo. La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que «nada es imposible para Dios» (Lc 1:37) y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1:38). Isabel la saludó: « ¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1:45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (NC 148).

Nosotros los católicos tenemos un claro ejemplo en la obediencia y en la entrega total, sin ponerse a pensar las consecuencias que ello pueda acarrear en nuestras vidas. "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" Dios ha visto la pureza de María y sobre todo ha visto su interior. ¿A cuántos de nosotros se nos puede decir de la misma manera? ¿Cuántos, estamos llenos de gracia? Lo que pasa es que nuestras vidas están tan llenas de muchas desgracias que nos van apartando de la presencia del Todo Poderoso, que nos impide vivir verdaderamente en esa gracia divina.

Cuántos de nosotros no vivimos preocupados del alimento, del techo o de la vestimenta. Cuántos, nos enfrascamos más en atender nuestras propias necesidades y nos olvidamos de las necesidades de los demás.

Todo el tiempo nos vivimos quejando del porqué de las cosas. Que si tengo o no tengo carro, que si tengo o no tengo trabajo, etc. Y todas esas preocupaciones, nos van apartando de la gracia divina del Señor.

María, dice la Palabra, tan pronto se enteró que su prima estaba embarazada, corrió a ayudarle, a tenderle la mano y fue entonces cuando supo verdaderamente que Dios había hecho el milagro en su vida. ¿Qué hubiese pasado si María hubiere tomado la decisión de no ir a ayudar a Isabel? ¿Habría podido ella reafirmar lo que Abbá Papito le anunció a través del ángel Gabriel?

¿Cuántas veces el Señor no viene a hablarnos a nuestros corazones? Y nosotros incrédulos, no creemos en su Palabra y ni siquiera buscamos reafirmar su Voz por las Escrituras, platicando con nuestro director espiritual o inclusive por medio de la naturaleza.

Dios nunca nos hablará para pedirnos algo que vaya en contra de su divinidad. Él nunca te dirá por ejemplo: "Dile a René que yo me vengaré de él " o "Un grupo va a crecer y el otro se derrumbará". A María le anunció que sería ella la Madre del Dios encarnado. Es decir que Dios vino por medio del ángel a decirle que ella sería la portadora del Emmanuel, de Dios entre nosotros como lo profetizó Isaías en el Antiguo Testamento (Is. 7:14).

El anuncio fue para edificar y no para destruir. Para anunciar la salvación y no la destrucción. Y como María, tenemos que tener un espíritu de atención, de humildad y mansedumbre y darnos cuenta de que la voz de Dios nos hablará para que edifiquemos o

para que le sirvamos proclamando su santo nombre o para que colaboremos en la construcción del Reino.

Cuando decimos que escuchamos su Voz y eso nos llena de soberbia y nos enaltecemos por ello, entonces tenemos que detenernos y poner atención, pues esa "voz" no es de Dios, sino que viene del enemigo. Cuando él nos habla, experimentamos paz en nuestro interior. María experimentó paz y esa misma serenidad la llevó a decir: "Hágase en mí, según tu Palabra" (Lc 1:38).

María confió plenamente en lo que Dios le hablaba por medio del ángel, porque experimentó paz en su corazón. Por esa misma paz, ella supo verdaderamente que Dios le hablaba. ¿Se levantó María para ir a burlarse de Isabel su prima? Le dijo María: "Dios me habló a mí y no a ti, lero, lero" ¡No! Ella fue a brindarle la mano y apoyarla en lo más que pudiese.

Nosotros debemos de asemejarnos a María y con la misma humildad, entregarnos a su servicio y si él nos concede escuchar su Palabra hablando directamente a nuestros corazones, debemos de guardarlas en lo más profundo de nuestro ser. Recordemos que si él nos habla de esa manera, no es porque seamos más importantes que los demás. No es porque él desea que cambies el mundo o que por medio de ti la otra persona cambie. No es así. Si él nos habla, es por su gracia divina y antes de decirte que quiere que alguien más cambie, él te pedirá que seas tú el que cambie primero y que por medio de tu cambio, él se glorificará cambiando a los que él cree necesiten de cambio, a los cuales hablará de la misma forma en la que te habló a ti.

Qué bello ejemplo de santidad y humildad la de nuestra Virgen Santa. Dice la Escritura que ella guardaba en su corazón todo lo que le decían y lo que presenciaba en la vida de su Hijo Jesús. Su única respuesta fue la de ser transparente, apoyando y sirviendo en el ministerio de su Hijo desde su anunciación, hasta su resurrección. Eso debe de ser nuestro servicio. Si escuchamos la voz de Dios tenemos que ser transparentes, dejando que sea Jesús el que se muestre. Seamos como los actores de una película, ellos no pueden hacer su personaje de acuerdo a lo que ellos piensan. Tiene que haber un director para que los dirija y les diga cómo deben de desempeñar su personaje. Los actores leen el libreto y saben a quién representarán durante la filmación, pero es el director el que les dice como deben de representar. Si no lo hacen como el director les dice, pueden correr el riesgo de perder su personaje para otro que esté dispuesto a obedecer lo que el director le indique. Hay actores que piensan que su personaje debe de hacerse de acuerdo a su pensamiento y, quizá tenga razón, pero al final de cuentas el que dirige es el que manda. El actor solamente hace lo que leyó y lo que le dirigieron para hacer. Al final de la película, de acuerdo a su obediencia, será enaltecido por desempeñar al pie de la letra lo que su director le dijo, o abucheado por no hacer lo que se le pidió.

Jesús es nuestro director y aunque la gloria la recibe el actor, él sabe que su representación fue buena gracias a que se dejó guiar por el director. De la misma manera

hizo María, dejándose guiar por Abbá Papito, obedeciendo sin interrogantes la dirección que Dios le tenía planeada.

Dejemos que Jesús sea nuestro Director. Dejémonos conducir por él en medio de ésta gran película de la vida y al final como dice San Pablo se reconocerá a cada cual de acuerdo a lo que hizo (1 Cor. 3:8).

Pongamos atención a su Voz, guardando silencio, Escuchémoslo con nuestros oídos interiores, cerrando los exteriores. Escucha el canto de un pájaro por las mañanas, el silbido de un grillo por las tardes, el viento que sopla suavemente en el parque o el oleaje del mar y verás que si los escuchas con tú corazón, escucharás la Voz de Dios hablando a tu interior.

Bendito sea Dios del Cielo que nos permite escucharlo de muchas maneras. Bendito sea el Señor que nos habla a lo más íntimo en donde "desde antes que le pidamos, él ya sabe lo que necesitamos" Mt. 6:6-8

Creamos en su Palabra y creamos que él está ahí y en el momento en el que nos decidamos escucharle, nuestras vidas serán transformadas como transformada fue la vida de María, cuando creyó las palabras del ángel y supo en su corazón escuchar la voz de Dios.

¿Dónde está María? ¿Al lado de su Hijo u olvidada por la humanidad? ¿Dónde quieres estar tú? ¿Al lado de Jesús o al lado del enemigo? Que tu respuesta sea sincera obedeciendo la voluntad del Señor.

Entonces podemos decir con exactitud, que, el hecho de escuchar la Voz de Dios no es como escuchar la voz del compadre, la que en medio de alburas, nos invitan a hacer lo contrario a la voluntad del Señor. Es en realidad absoluta, hacer su voluntad desde lo más íntimo de nuestros corazones. Creyendo a ciegas que él nos indica el verdadero camino que debemos de seguir como servidores fieles de su viña.

Miremos por ejemplo los mismos apóstoles, ellos supieron escuchar la Voz de Dios en Jesús el Señor. Lo dejaron todo, barcas, mesa de cobro de impuestos, posiciones importantes, etc. Cada uno fue llamado a su corazón con una voz que aunque suave en su llamado, se escuchaba con autoridad. Ellos, al oír esa Voz, experimentaron una sensación especial en su corazón. Sintieron que algo se iba removiendo en su interior y eso los llevó a seguir y a ser fiel, no solamente durante el Señor estuvo con ellos, sino que para la eternidad.

Los apóstoles atravesaron momentos duros y difíciles y en momentos sentían desfallecer. Pero el saber que Dios les hablaba les hacía sentirse fortalecidos. Veamos por ejemplo a Pablo: "De nada sirve alabarse; pero si hay que hacerlo, iré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un cierto creyente, el cual hace catorce años fue arrebatado hasta el tercer cielo. Si fue con el cuerpo o fuera del cuerpo, eso no lo sé, lo sabe Dios. Y sé que ese hombre, (sea con cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) fue arrebatado

al paraíso, donde oyó palabras no habladas y que nadie sabría expresar. Podría sentir orgullo pensando en ese, pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré de mis debilidades. Si quisiera gloriarme, no sería locura, pues diría la verdad. Pero me abstendré, para que nadie se forme de mí una idea superior a lo que ve u oye decir de mí. Y precisamente para que no me pusiera orgulloso después de tan extraordinarias revelaciones, me fue clavado en la carne un aguijón, verdadero delegado de Satanás, cuyas bofetadas me guardan de todo orgullo. Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí, pero me dijo: «Té basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad» Mejor, pues, me preciaré de mis debilidades, para que me cubra la fuerza de Cristo. Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte" (2 Cor. 12:1-10).

Como vemos, Pablo experimentó duros momentos en su caminar. Pero solamente con el hecho de saber que había podido escuchar la Voz de Dios, lo hizo aferrarse más a Cristo. Él no escuchó con sus oídos externos, en donde se puede escuchar cosas que aunque se comprendan con lógica humana, no nos encaminan hacia la verdad, más bien, Pablo escuchó en su interior en donde las palabras no se pueden comprender con un entendimiento de hombre, sino con el Espíritu del Señor. De esa manera debemos nosotros los servidores, saber escuchar su voz que nos va fortaleciendo en los momentos más difíciles de nuestro servicio. Ya el mismo Pablo nos dice al respecto: "¿Qué más podemos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Si ni siquiera perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por cada uno de nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él todo lo demás? **¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios mismo los declara justos. ¿Quién los condenará? ¿Acaso será Cristo, el que murió y, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?** ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? Como dice la Escritura: Por tu causa nos arrastran continuamente a la muerte, nos tratan como ovejas destinadas al matadero. **Pero no; en todo eso saldremos triunfadores gracias a Aquel que nos amó"** (Rom. 8:31-37).

Por lo tanto te invito a que escuches con atención a la Voz de Dios y puedas en tu sustancia comprender a plenitud lo que él desea de ti, recordando que al escuchar su Voz, es para que le obedezcas, haciendo su voluntad.

Jesús nos envía como discípulos

Nuestra generación actual, está viviendo un momento muy especial, y lo especial no es que vivamos en la nueva era de la tecnología moderna con sus computadoras y su medio de comunicación de rayo, es decir que en un instante tengo lo que me envían mis familiares, mis amistades o mi patrón desde mi trabajo a través del famoso Internet. Hoy en día es más fácil enviar un E-mail, que enviar una carta escrita a mano. No sólo nos sale más barato, sino que no corremos el riesgo de que nos la roben pensando que contiene dinero el sobrecito.

Es un tiempo de mucha distracción, que nos va apartando de lo que debe de ser el centro de nuestro diario vivir, es decir que nos vamos alejando día con día de la presencia de Dios y al hacerlo, vamos creando en nosotros una gran dependencia de todo aquello tecnológico y material, y eso al final de cuentas, nos va quitando la vida, haciéndonos sentir culpables muchas veces de lo que hacemos. Veamos por ejemplo ese mismo avance del Internet como mencioné anteriormente, así como de fácil que nos hace la vida, de la misma manera nos va destruyendo moral y espiritualmente, pues en ello encontramos con facilidad, lugares pornográficos y cuartos de charlas en los que se discuten tópicos esotéricos y satánicos, discriminatorios, y hasta se nos facilita el plan perfecto para asesinar a una criatura que aún no nace.

Hoy es más fácil ver a nuestros hijos prendidos en juegos de computadoras, que leyendo la Biblia o aprendiendo nuevas oraciones para edificar su moral y su vida espiritual. Inclusive, nosotros como padres de familia, complacemos a nuestros hijos en todo lo que a ellos se les antoja, pues pensamos que eso compensa el tiempo que no les dedicamos para dialogar y con un juego de violencia, remplazamos el beso de amor que el hijo o la hija están necesitando de nosotros.

Recuerdo el tiempo allá por los años 80, en el que se pusieron muy de moda los famosos "beepers", todo el mundo quería uno de ellos, para estar en contacto y nos sentíamos con envidia al ver que otros tenían uno y nosotros no.

El día de hoy, cada que suena el tono de un teléfono celular, todo el mundo saca el suyo para ver si es el suyo o no. Si no es el de nosotros, nos molestamos que alguien más lo use en el lugar en donde nos encontramos. Que tremendo es saber que ese ring nos tiene como atados y aunque se pague cantidades exorbitantes por el tiempo usado, no nos aflige pues lo importante es que tenemos un avance tecnológico entre nuestras bolsas.

Por otro lado, vemos como la globalización en su avance tecnológico se ha hecho cargo de desarrollar un mejor sistema de comunicación en masa. Hoy, por ejemplo, ya no se necesita el teléfono de tierra o el satélite o el correo regular para poder comunicarnos de un extremo al otro, ya que, con el sólo hecho de pulsar un botón instantáneamente nos comunicamos con la otra persona. Esto, aunque sobre la mesa se ve como algo bueno, se ha convertido en un sistema de propaganda de mercadeo con el cual se crean ideologías

supremacistas y conspiraciones absurdas y sin sentido que hieren y dividen a la sociedad (Mallimaci, Fortunato. (2009¹).

Uno de los desafíos más grandes que encuentra la Iglesia en la actualidad es el de contrarrestar el tipo de espiritualidad que el New Age presenta a los jóvenes hoy día. Primero, debemos de entender el significado del tipo de "espiritualidad" que este idealismo presenta como manjar dulce y exquisito para la juventud. El contexto de esa espiritualidad presentada por el New Age lleva a las personas a experimentar un éxtasis subliminal de la realidad que el individuo vive. Se da como respuesta muchas veces a las faltas de amor que los jóvenes añoran de sus padres; así como también, el "nuevo orden" que los enfrasca en ideologías que son contrarias a la moral cristiana, como el aceptar la ideología del género, por ejemplo. En adición, se ven a su vez, presionados por la sociedad de consumo que les impide ver y aceptar sus límites económicos, por ende, por no poder obtener los bienes deseados, se adentran en la depresión, el aislamiento y muchas veces al suicidio.

Estos ejemplos, entre muchos, no nos permiten darnos cuenta del tiempo tan vital en el que vivimos hoy en día. Es el momento en que tenemos que preparar nuestro espíritu para saber escuchar la voz de Dios halando a nuestros corazones, diciéndonos que el tiempo se acerca. Que es el instante en el que debemos de ser purificados y santificados en medio de las tentaciones que el enemigo va poniendo en nuestro caminar. Él va poniendo tapones en nuestros oídos, para no dejarnos escuchar la voz del Padre y coloca vendas en los ojos para no dejarnos ver Su presencia a través de nuestros hermanos que sufren de hambre, de faltas de ropa, de vestido y sobre todo, de faltas de amor del uno por el otro.

Jesús, va llamando a nuestros corazones y va tocando puertas, invitándonos a que vivamos nuestro bautismo, llamándonos a la conversión e incitándonos a que nos unamos a él, por medio de su Espíritu para que por medio de él podamos ser salvos, para que de esa manera, se salve nuestra familia entera. "El bautismo nos constituye pueblo de Dios, miembros vivos de la Iglesia. Por la acción del Espíritu Santo participamos de todas las riquezas de gracia que nos regala el resucitado. Es este mismo Espíritu el que nos lleva a reconocer a Jesús como Señor y nos lleva a construir la unidad de la Iglesia desde distintos carismas que él nos confía para provecho común (1 cor 12:311) He aquí nuestra grandeza y responsabilidad. Ser portadores del mensaje salvador para los demás" DSD párrafo 1 y 2

Pero para muchos de nosotros los llamados cristianos, el oír de salvación, es hablar del pasado. Es dialogar de algo, que solamente los viejitos o nuestros abuelos pueden entender, pues para nosotros, la salvación es solamente un hecho de religión y más allá, pensamos que ello es un acto de religiosidad popular (que vergüenza que nos miren con

¹ Mallimaci, Fortunato. (2009). Globalización y modernidad católica: papado, nación católica y sectores populares. En CLACSO, América Latina y el Caribe: territorios religiosos y desafíos para el diálogo, pp. 109-139. Buenos Aires: Colección Grupos de Trabajo. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20150116031228/Malli.pdf>

un rosario en la mano) y por lo tanto, nos despreocupamos tanto del asunto que nuestras vidas se convierten en una rutina, de la que creemos que no hay escape.

Vivimos solamente por vivir, es decir, que nacemos, crecemos, nos multiplicamos y morimos, y nunca estamos interesados en saber del poder salvador de Jesús. Simplemente cumplimos en mandar a nuestros hijos al catecismo o solamente vamos a la Iglesia cuando nos "nace" ir a Misa y lo curioso es que como nunca nos nace, nunca vamos a la casa de Dios.

A pesar de ello, muy dentro de nosotros, sabemos que existe un Dios todo poderoso que, de alguna manera se encuentra allá en el Cielo y que cuando necesitamos de él, él siempre está dispuesto a tendernos la mano. Pero cuando ya no lo necesitamos, lo dejamos como cuando guardamos el vestido de novia, lo sacamos de nuevo, solamente cuando nuestra hija se va a casar y ni siquiera para limpiarlo o desempolvarlo.

Y si nosotros pensamos así, ¿cómo entonces pretendemos reconocernos como verdaderos cristianos? Vivimos en tantos avances científicos, que se nos olvida por un momento que es Dios el creador de la ciencia entera. Y que tristeza es saber que muchos de los que leen, lo mismo les da salir del Templo, como salir del centro de espiritismo, lo mismo les da pedirle a Jesús, como pedirle al psíquico, que nos averigüe el futuro por medio de las estrellas, le soban la barriga a Buda o la cabeza a algún otro ser mitológico. Cuántos no han salido de algún lugar en donde se les lee las manos, les tiran las cartas del tarot, o andan en búsqueda de lo sobre natural, como el de tratar de leer la mente, el café, o cualquier otro invento ridículo, con tal de encontrar en ello poderes con los cuales poder ser felices.

¿Cuántos de los que leen hoy, (tanto católicos como hermanos separados) no se han alejado de la presencia de Dios? Siempre buscando placeres en el mundo, tales como el sexo desordenado, siéndoles infieles a sus votos de castidad, a su esposa, a su congregación y a su familia, mostrando un rostro de ángel frente a los demás, cuando en realidad la cola del "Cochino" la tienen metida entre los pantalones o entre las faldas. Y todo porque su entrega, ha sido perturbada por el ritmo de vida en el que hoy vivimos los tan llamados cristianos. ¿Quién de los que leen el día de hoy, son pastores de grandes congregaciones, son servidores o religiosos consagrados al Señor y más sin embargo, en este mismo momento están pensando en esa mujer con la que son infieles? Recordemos a David cuando deseó a la mujer de Urías, fue tanto su deseo carnal que no pensó y se olvidó que era un siervo muy querido de Dios y pecó, siendo infiel y asesino. David se arrepintió dice la Escritura y Dios le perdonó. Y tú, por qué no te arrepientes y pides perdón a Dios, a tu esposa o esposo y a tus hijos y te vuelves verdaderamente a aquel que todo lo puede. ¿Es que no crees en el poder del Padre obrando maravillas? ¿Es que no confías en su poder sanador?

Por eso mucha razón tuvo Jesús al enviar a sus discípulos sin nada más que un bastón para sostenerse. ¿Y qué quiere decir ese bastón? Pues que no necesitarían más que

sostenerse en la presencia del que todo lo puede, en esos momentos de angustia, cansancio, desfallecimiento y debilidad. En esos instantes en los que se sentirían probados en su fe como seguidores fieles del Señor. Me imagino a esos discípulos pasando hambres, faltas de techo y faltas de vestido. ¿Cuántos de ellos no fueron humillados y quizá aniquilados, por el simple hecho de llevar el Evangelio de salvación a la humanidad?

Jesús es el bastón que me sostiene. ¿Cuál es el bastón que te sostiene a ti? Recuerda que la lucha es fuerte, que la guerra no la tenemos contra fuerzas visibles, más bien las tenemos contra fuerzas espirituales del maligno y por lo tanto debemos de estar siempre preparados espiritualmente, para hacerle frente a esas flechas incendiarias del enemigo. Como nos dice la escritura en Efesios 6:10-18: "Por lo demás, fortalézcanse en el Señor con su energía y su fuerza. Lleven con ustedes todas las armas de Dios, para que puedan resistir las maniobras del diablo. Pues no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas, sino a los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba. Por eso pónganse la armadura de Dios, para que en el día malo puedan resistir y mantenerse en la fila valiéndose de todas sus armas. Tomen la verdad como cinturón, la justicia como coraza; tengan buen calzado, estando listos para propagar el Evangelio de la paz. Tengan siempre en la mano el escudo de la fe, y así podrán atajar las flechas incendiarias del demonio. Por último, usen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, o sea, la Palabra de Dios. Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y perseveren en sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo en favor de todos los santos, sus hermanos".

Alabado sea el nombre del Señor. Por eso hermano de mi corazón, pon atención a las palabras que hoy te vengo a decir. Jesús te está invitando en éste preciso momento a que dejes todo aquello que te ha apartado de él, y con un corazón abierto y contrito, te entregues a él y, con su gran poder derramado sobre ti, puedas ir a predicar la Buena Nueva a los demás, empezando contigo mismo que continúes con tu propia familia y luego salgas a anunciar la Buena Nueva a la humanidad.

Despójate de tu calzado, de tus vestiduras, de tu pan, de tu morral y de tus bienes materiales y de toda tecnología que te separe del amor del que todo lo puede. ¿Qué es ese calzado, cuáles son esas vestiduras, qué es ese morral? ¿Qué son tus bienes materiales? ¿Qué es la tecnología que te tiene atado? ¿En qué parte del New Age estas involucrado? Esas son preguntas que solamente tú podrás responder.

Ya no sigamos poniendo esa cara de hipócritas, pues con ella quizá podrás engañar a multitudes, inclusive podrás predicar del amor de Dios e invitar a los demás a la conversión, pero si tú no vives en esa verdad que predicas, nunca podrás entrar en el Reino de Dios. Y tristeza tan grande será para ti el día en el que seamos llevados ante el tribunal divino. Todos esos a los que les predicaste y se convirtieron, serán los que en ese día te juzgarán y déjame decirte que para ti, será el llorar y el crujiir de dientes. Como dice la Escritura: "¡Pobre de ti, Corazaín! ¡Pobre de ti, Betsaida! Porque si los milagros que se han hecho en ustedes se hubieran realizado en Tiro y Sidón, hace mucho tiempo que sus habitantes

habrían hecho penitencia, poniéndose vestidos de penitencia, y se habrían sentado en la ceniza. Con toda seguridad Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que ustedes en el día del juicio. Y tú, Cafarnaún, ¿crees que te elevarás hasta el cielo? No, serás precipitada hasta el lugar de los muertos" (Lc 10:13-15).

Claro que es difícil poder vivir una vida recta ante los ojos del Señor, pero si por lo menos lo intentamos, si por lo menos tratamos de apegarnos a su amor, será para nosotros causa de alegría, el saber que llegará el día en el que seremos levantados hacia nuestra patria celestial y aunque quizá no seremos de los primeros, sí por seguro seremos de los más alegres, pues con justicia entraremos con el rostro levantado en alto, pues sabremos que en el lugar Santo nos espera nuestro gran amor... Dios Padre celestial (Ap 21:1-4).

Por lo tanto atiende hoy el llamado que te hace el Señor y obedece su mandato. Ve a predicar la Buena Nueva con alegría, aun en la tristeza y el dolor, pues como dice su Palabra: "También sabemos que Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman, a quienes él ha escogido y llamado. Así, pues, a los que él eligió, los llamó; a los que llamó, los hizo justos y santos; a los que hizo justos y santos, les da la Gloria. ¿Qué más podemos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios mismo los declara justos. ¿Quién los condenará? ¿Acaso será Cristo, el que murió y, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? Pero no; en todo eso saldremos triunfadores gracias a Aquel que nos amó. Yo sé que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las fuerzas del universo, ni el presente ni el futuro, ni las fuerza espirituales, ya sean del cielo o de los abismos, ni ninguna otra criatura podrán apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom 8:28-38).

Debemos de reconocer que él siempre ha estado, está y estará a nuestro lado. Hoy tenemos que estar seguros de que todas sus promesas se harán realidad y eso nos dará las fuerzas para seguir adelante, continuamente confiando que es Dios al final de cuentas que hará la obra por nosotros.

Por eso en el nombre de Jesús, reprendamos espíritus malos, impongamos manos y sanemos enfermos y sobre todo que nuestras vidas sean verdaderamente un reflejo de amor y reconciliación para los demás, porque un corazón que no ama jamás podrá agradar a Dios. Un corazón que es infiel jamás podrá servirle a Dios.

No importa que tan bonito prediques y cuan lindo cantes esas alabanzas para Dios. Si tu vida es turbia, tus prédicas y cantos serán para el dios que tú te has creado, de acuerdo a tu conveniencia. Y podrás con tu talento transformar corazones, pero como Moisés, sólo verás de lejos la tierra en donde mana leche y miel, a la cual nunca podrás entrar. Y verás a los que les predicaste, entrando a esa tierra prometida, con bandera de victoria, cantando himnos y salmos de alabanza y de victoria al Rey de la gloria eterna, mientras tu desde lejos dirás: "Malaya, yo pude haber entrado con ellos".

Aun es tiempo, te lo repito, si tan sólo te despojaras de tus orgullos, de tus rencores y sobre todo de tus propias fuerzas y dejaras que las fuerzas de Jesús te sostuvieran y te guiaran, él te esperará a la entrada de la ciudad y con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla te dirá: "¡Gracias, hijo, gracias, hija, hicisteis un buen trabajo!" Y tomándote de la mano, te guiará hacia tu mansión preparada especialmente para ti.

Yo ya estoy listo. Tu esposa ya está lista; tu esposo ya está listo; tus hijos ya están listos; hasta tu suegra está ya lista. Entonces ¿qué esperas tú para atender el mandato del Señor?

Hoy es el día que Dios ha hecho para ti. Sumínstrate con el poder de su Espíritu Santo y con valor anímate a predicar el mensaje de Salvación que tú mismo ya vives y, en medio de tu ministerio, trabaja fuerte, confiando en el poder de Dios y dando gracias en todo tiempo por las victorias alcanzadas, para la eternidad. ¡Amén, gloria a Dios!

Como sirve el católico

"De todas las criaturas visibles sólo el hombre es «capaz de conocer y amar a su Creador» es la «única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma»; sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad" (NC 356).

Primeramente tenemos que saber cuál, ha sido el llamado que él nos hizo y qué talento él nos ha regalado. Para ello tenemos que comenzar primero por dirigirnos a él en oración.

Hay momentos en los que escuchamos como Dios se manifiesta en nuestras vidas, pero a pesar de reconocer eso, no podemos entender verdaderamente como es que esa presencia divina nos inunda con todo su amor. Y quizás nos preguntemos cómo podremos verdaderamente experimentar el momento en el cual él nos inunda con todo su ser.

La respuesta es muy simple: "ORACIÓN". Ésta además de ser una respuesta sencilla, es una respuesta de poder. ¿Y por qué? Pues por el hecho de que a través de ella podemos comunicarnos con el Padre, para discernir, cuál es nuestro llamado y nuestro talento.

La oración es muy importante en nuestras vidas cristianas. Posiblemente, las penas, las angustias o las enfermedades, no nos han permitido vivir una verdadera vida en presencia del que es poderoso y eso ha sido motivo de quedarnos retrasados en nuestra oración. Pero nos hemos preguntado ¿Cómo podemos nosotros conocer nuestro llamado o cómo podemos servirle a Dios, si no hablamos con él?

Jesús nos invita a que vengamos a él y en él descarguemos todos nuestros penares, enfermedades y angustias. Que dejemos en él todo ese sobre peso que nos molesta tanto física, como espiritualmente. "Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré" (Mt 11:28). Que hermoso. Pero para que podamos disfrutar de ese consuelo y de ese descanso ofrecido por el Señor, primero que nada tenemos que platicar con él, en medio de la oración. Si bien es cierto que Dios sabe de ante mano lo que necesitamos (Mt 6:6), es necesario que con nuestras bocas le digamos a él lo que nos aqueja.

"Todos los miembros tienen que esforzarse en asemejarse a él «hasta que Cristo esté formado en ellos» (Gal 4:19) «Por eso somos integrados en los misterios de su vida..., nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él»" (NC 793).

Orando es como vamos a tener ese diálogo y esa unión con el Padre. Es por medio de ella que vamos a saber a dónde nos quiere él enviar, ya sea en medio de lobos, serpientes, o en medio de nuestro propio interior, para sanar a las almas perdidas y para traerlos a sus pies.

No importa cómo o en qué momento ores. Lo más importante es esa comunicación con Dios. Yo he descubierto que en el momento en el que me estoy bañando, es cuando puedo aprovechar para hablar con Dios, sin tapujos, abierto en mi corazón y sobre todo sin máscaras que oculten mi verdadero sentir. Posiblemente tu lugar sea mientras cocinas, o mientras trabajas, pero debes de tener una cosa en cuenta que para que la oración sea real, debes de dejar un momento de silencio, para que él pueda hablarte a tu corazón de otra manera, no importa cuánto le alabes o le cantes cantos glorificando su nombre, nunca podrás descubrir que es lo que él quiere de ti. Sin palabras, solamente, dejando que su Espíritu de amor, nos brinde la paz deseada (de ello hablaremos más adelante).

Lo que voy a mencionar a continuación, no va a ser de mucho agrado para algunos hermanos, pero tengo que compartirlo. Orar no es venir a los grupos de oración y gritar aleluya, gloria a Dios. No es brincar como alocado, ni es perder el control. Dios no es sordo y sobre todo es un Dios de orden. Y claro, está bien que le cantemos y gitemos y alabemos llenos de euforia como el Rey David (2 Sam 6), ya que es saludable, pero debemos de reconocer también que para escuchar la voz de Dios hablando a nuestras vidas, lo haremos solamente en el silencio, en medio de esa brisa agradable, en donde verdaderamente está el Señor (1 Re 19:12) Y es que el Espíritu de Dios es poderoso y puede de un romplón transformar nuestras vidas y sacudiéndonos, nos puede arrancar de raíz lo que estamos sufriendo. En el Pentecostés, el Espíritu se derramó como lenguas de fuego en medio de una violenta ráfaga de viento (Hc 2:1-4), pero para que ellos comprendieran lo que estaba sucediendo, tuvieron que quedarse callados para escuchar a Pedro, quien les explicaría lo que Dios estaba obrando en sus vidas en ese momento. Después de que escucharan el mensaje de Dios, muchos fueron los convertidos. Ellos no se convirtieron cuando llenos de euforia alababan a Dios.

Ellos se convirtieron cuando supieron escuchar en su corazón el mensaje del Padre a través de Pedro (Hc 2:14-40). Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, saber escuchar a Dios hablando directamente a nuestras vidas, porque mientras le sigamos gritando llenos de embriaguez espiritual, nunca sabremos verdaderamente que es lo que Dios quiere de nosotros, y mucho menos sabremos cómo poder utilizar el talento que él nos ha regalado (Mt 25:14-30). Como dijo San Francisco de Asís: "...solamente si es necesario, pronunciaremos palabras".

Asistir a las asambleas o grupos de oración, es bueno y ciertamente saludable, pues es aquí, en que podemos encontrar el descanso que tanto necesitamos. Pero como servidores del Señor, tenemos que reconocer que nuestro descanso es saber dar descanso a los necesitados. Cuando nosotros vamos a un hospital por ejemplo, no tenemos la necesidad de gritar "¡En el nombre de Jesús te reprendo enfermedad!" Solamente con el hecho de estar allí junto al enfermo, ya estamos orando al Señor por la sanidad del hermano. Cada vez que vamos a un asilo de ancianos, no es necesario pedirle a voz alta a Dios por la paz y la tranquilidad de esos viejitos, más bien con el simple hecho de que los visitamos, ya estamos trayendo la paz a esos corazones que en su mayoría se encuentran abandonados.

El Nuevo Catecismo nos dice: "Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida; les reveló el Misterio del Reino; les dio parte en su misión, en su alegría y en sus sufrimientos. Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre él y los que le sigan: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Jn 15: 4-5) Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6:56)" (NC 787).

Hay algunos de entre nosotros que preferimos ir a una noche de alabanza, más que a una celebración eucarística y, pretendemos con eso, ir a servir a los demás. ¿Cómo es posible que nos olvidemos de la oración tan grande en la que podemos participar como hijos de Dios? Es que un buen servidor, nunca se tiene que olvidar de comulgar constantemente. La Eucaristía, es el centro de nuestra fe cristiana, es en ella en la que nos alimentamos de su Cuerpo y Sangre y lo que nos va a ayudar a servir a los demás y sobre todo, nos ayudará en nuestra propia comunicación con Dios.

No podemos decir ya soy fiel servidor del Señor, si damos preferencia a las reuniones de oración y nos olvidamos de la Santa Eucaristía. Es imposible que podamos ir a visitar a los enfermos, viejitos convalecientes o niños desamparados, solamente acompañados por una oración de euforia. Esta oración tiene que ser acompañada con la Comunión y nuestra oración personal en silencio.

Seguir a Jesús y servirle requiere de sacrificios y sobre todo de un corazón totalmente abierto a escuchar su palabra. Es dar nuestras vidas por las vidas de los demás. Es olvidarnos de nosotros mismos, dejando nuestros orgullos y vanidades, pues en el servicio nada de ello tiene cabida. Especialmente, tenemos que estar reconciliados unos con otros, pues no podemos ir predicando el Evangelio, si vivimos llenos de odio y rencor. No podemos ser candil de la calle y oscuridad de la casa.

Tampoco se puede servir al Señor cuando en nuestro propio hogar se vive lleno de pleitos con el marido o la esposa, con gritos a los hijos o con discordias con el vecino. Porque ¿cómo podemos pretender limpiar el hogar de alguien más, cuando el nuestro está hecho una basura? En lo particular conocemos a una hermana que asistía a nuestra comunidad, quien todo el tiempo andaba mal humorada y con su mal genio, contagiaba como virus a los demás. Un día platicaba con ella y me contaba que su marido la trataba muy mal y que la golpeaba y a sus hijos no los quería. Ella se sentía frustrada en su hogar (oscuridad de su casa) y al llegar a las reuniones, pretendía tener el control sobre los otros integrantes del ministerio, aparentando lo que no estaba viviendo, poniéndose la máscara, ofendiendo a cuanto se le pusiera enfrente, diciendo que venía de Dios (candil de la calle)

Debemos de examinar nuestro propio comportamiento, para poder examinar el comportamiento de los demás. Para ello, tenemos que estar constantemente en oración y en gracia de Dios, no por las obras que hagamos, más bien porque le abrimos nuestro corazón. Y cuando comulgamos con verdadera devoción, no como una simple rutina, veremos que verdaderamente Dios nos está llamando a su servicio, pues lograremos hacer

el cambio no simplemente de los otros, sino lo más importante el cambio de nuestras propias vidas. Recordemos que en el carcelero en Hechos de los Apóstoles, no preguntó: "Señores, ¿cómo puedo yo transformar a mi familia?" Más bien dijo: "Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?" (Hc 16:30).

Eso es parte de servirle a Dios como católico. Y lo voy a repetir nuevamente: servirle no es solamente decir que se es salvo, porque ya se vivió un retiro de iniciación o sopotocientos retiros de crecimiento. ¡No! Se trata de poner en práctica lo que hemos aprendido en esos encuentros con el Señor. Santiago nos dice bien claramente en su carta: "¿Será necesario demostrarte, si no lo sabes todavía, que la fe sin obras no tiene sentido?" (Sgo 2:20). No podemos quedarnos solamente en el que bonito se sintió. No hay que quedarnos solamente en el romanticismo y la placidez barata. Tenemos que salir y predicar el Evangelio con sudor y sacrificio, con cansancio, con hambre, bajo el sol, en medio de la noche o a la luz del día. No podemos quedarnos callados y ni siquiera sentados esperando a que otros lo hagan por nosotros. Seamos nosotros los que vamos y con manos firmes pongamos nuestras manos sobre el arado y comencemos a surcar pues la tierra ya está preparada para la siembra y la cosecha.

Recordemos que el Evangelio tiene que ser transformado en: "Nueva Evangelización" Y ¿qué significa eso? Pues el Santo Papa Juan Pablo II, responde a ello: "Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión" (S. Juan Pablo II²). Que hermosa respuesta y a eso estamos llamados todos y cada uno de los miembros de la Iglesia. A transmitir la fe, anunciando la Buena Nueva, con valentía y pudor, animados en el compromiso de traer almas a los pies de Jesucristo.

No podemos servir a Dios con flojeras, o desánimos. Tampoco podríamos decir que somos fieles servidores católicos, cuando le tenemos miedo al compromiso y sobre todo tenemos temor de lo que el mundo pueda decir de nosotros. Por eso muchos han caído y nunca se han podido levantar. Todo por el simple hecho de no evangelizar de acuerdo a la voluntad del Padre.

Servir es amar. Recordemos a Jesús, "que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por una muchedumbre" Mt. 20:28 Así debemos de servir como católicos, amando, atendiendo y sobre todo dando nuestras vidas por los demás.

Como conclusión a esta enseñanza, recordaremos las palabras de Pablo: "Hay de mí si no predicase el Evangelio" (1 Cor. 9:16).

² [Viaje apostólico a América Central: A la Asamblea del Celam en Port-au-Prince \(Haití, 9 de marzo de 1983\) | Juan Pablo II \(vatican.va\)](#)

El servidor ora

Solamente en medio de nuestra oración personal y la participación en la Santa Eucaristía, lograremos servirle verdaderamente al Señor.

En esta sección estudiaremos lo que es la oración y utilizaremos no solamente la Biblia, sino que lo haremos también con el Nuevo Catecismo de nuestra Iglesia.

Cuando hablamos de oración, siempre nos referimos a ese instante en el que lanzamos una o varias palabras al Cielo, creyendo que es Dios quién nos escucha. Algunas veces lo hacemos por intuición y otras por fe. Pero la verdad es qué orar va mucho más allá de eso. Orar es entrar en un diálogo directo con el Padre; no en una forma vaga, sino que en una relación entera, íntima y profunda, tratando de alcanzar un encuentro vivo y real con cada una de las palabras que le hablamos o con las que él nos habla.

Pero para poder llegar a ese momento de intimidad, Tenemos que ir despojándonos de muchas cosas que perturban nuestro interior (rencores, odios, vanidades, faltas de amor hacia el prójimo etc.), es decir que debemos buscar en nuestro corazón una experiencia profunda de paz, amor y confianza, procurando siempre una limpieza del alma y tratando de vivir una pobreza de espíritu (ser humildes con corazón limpio y puro), reconociendo que sin Dios no somos nada. (Mt. 5:3) Como nos dice el Nuevo Catecismo en el número 2559: "La humildad es la base de la oración"

En el momento en que profundizamos en la oración, vamos buscando la presencia del Padre, apartando nuestro pensamiento de todo cuanto nos rodea, hasta llegar a ese momento feliz en el que lo contemplamos, adorándole y exaltándole con cada palabra que le digamos.

San Gregorio de Nisa nos comparte con palabras de mucha sabiduría: "La promesa de ver a Dios supera toda felicidad... El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden conceder" Debemos de estar conscientes que, en todo momento buscamos visualizar el rostro del Padre, sabiendo de antemano que todo cuanto necesitamos, él ya sabe, y que él nos da según su voluntad. Es de más alegría gozarnos al ver el rostro del Señor, a cualquier milagro que él nos pueda conceder y eso, sólo lo sabremos reconocer en cuanto más profundicemos en la oración.

La oración ciertamente no es un rezo escrito o de palabra, el cual hacemos de un modo repetitivo. Por el contrario; la oración va mucho más allá de las palabras repetitivas. Ella establece un puente de comunicación con el Padre a través de dialogar con él desde lo más íntimo de nuestro ser. Es por ello por lo que al momento en que los Apóstoles le pidieron al Señor que les enseñara a orar, él les respondió de esta manera: "Pero tú, cuando ores, entra en tu pieza, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí, a solas contigo. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará, Cuando pidan a Dios, no imiten a los paganos con sus letanías interminables: ellos creen que un bombardeo de palabras hará que se los oiga. No

hagan como ellos, pues antes de que ustedes pidan, su Padre ya sabe lo que necesitan" Mt. 6:6s

Es precisamente en este punto en donde muchos de nosotros nos quedamos estancados, pues pensamos que el orar es pura palabrería y por eso no oramos. También hay quienes que se dedican a hablar tanto con rezos ya escritos por alguien más y se piensa con ello que ya se ha orado al Padre.

Santa Teresa del Niño Jesús nos dice acerca de la oración: "Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría".

Santa Teresa nos explica el sentido de la oración en una forma bien sencilla. Nosotros podemos agregar a sus palabras lo que nos habla en Nuevo Catecismo en el número 2558, en donde nos dice que la oración es el "Misterio de la fe", y es en este misterio de la fe en que se vivirá una relación real y sobre todo personal con el Dios vivo y verdadero. La carta de Santiago nos dice en el capítulo 5 y verso 15: "La oración hecha con fe salvará al que no puede levantarse".

Orar es acercarnos al Padre en espíritu y verdad (Jn 4:24). Es estar atentos a su Palabra hablando a nuestros corazones, gozando de su presencia en el momento más íntimo de nuestro diálogo, dejando que nuestro espíritu se llene de Su grandeza, experimentando su poder en lo más profundo de nuestro ser.

Podemos decir entonces que la oración es el enlace que nos une y nos comunica con el Padre; es el medio por el cual compartiremos la alegría de sentirnos verdaderos hijos del creador, ayudándonos a profundizar a cada momento en ese diálogo de amor y de amistad.

La oración llegará a ser tan profunda en la medida en la que dediquemos tiempo a ella. No basta solamente con decir "¡Dios mío ayúdame!" Si no que se trata de adentrarnos a lo más hondo e íntimo, llegando hasta ese rincón del corazón en donde nosotros sabemos individualmente que nos cuesta llegar, por ser el sitio en donde se encuentran nuestros más oscuros sentimientos.

Para lograr ese momento de profundidad, tenemos primero que nada, reconocernos como hijos que necesitan de su Padre; sabiendo que a lo mejor no somos dignos de que él nos escuche, pero sabiendo también que él está ahí y que por su misericordia, nos conforta y anima a seguir adelante. Entonces podremos decir que estamos comunicándonos con aquel que es todo amor, sabiendo de antemano que él es el pozo de agua, del cual nunca más tendremos sed (Jn 4:10-14).

La oración tiene que ser confiando plenamente en que es Dios quien nos escucha (Jn 11:41-42). Además tenemos que descubrir que no solamente se trata de que le hablemos, sino que demos la oportunidad a él a que nos responda.

Uno de los problemas más graves dentro de la oración tanto individual como comunitaria es que nuestro tiempo se va más en hablar a él, que escucharle a él. (Mt 6:5-6)

La oración es una experiencia vivida. Ella nos transforma de tal manera, que nuestras vidas son llamadas a una transformación total, y obedeciendo a ese cambio en nosotros, se logrará así transformar las vidas de los demás.

No podemos (como servidores), tener oración sin experiencia; así como también no podemos tener oración sin experimentar la presencia del Señor. De nada nos serviría solamente "sentir su presencia", si no lo experimentamos en lo más profundo de nuestro ser.

Hay cuatro partes importantes, que un buen servidor tiene que reconocer, dentro de su vida de oración:

La fe: Que es la confianza plena de que creemos sin ver y que confiados, en él, lograremos un día ver su rostro bendito (2 Cor 5:6-9) (1 Ped 1:8)

La esperanza: Pilar muy importante dentro de nuestra vida de oración, pues al perseverar en la oración, se mantendrá viva la esperanza de que viviremos eternamente al lado del Señor (1 Ped 1:13; Ap 21:3-4; Rom 8:17).

El amor: Que es lo esencial de la oración, pues no podemos orar y decir que tenemos fe y que hay esperanza, si no tenemos el amor que nos viene del Padre y en el cual viviremos eternamente (1 Jn 4:16; Jer 31:3).

La humildad: Que es en realidad la base de la oración, pues sin un espíritu humilde, humillado ante la presencia del Padre, nunca lograremos elevar nuestra oración al creador. (Fil. 2:1-11; Col. 3:12; 1 Ped. 5:5) (NC 2559).

Tenemos que estar conscientes de cada uno de estos puntos y de vivirlos a plenitud, dejando que sea el Espíritu Santo quien nos guíe y nos instruya en la oración (Rom 8:26-27)

Por lo tanto tenemos que comenzar por profundizar en nuestro interior y buscar en lo más íntimo, su bendita presencia, guardando silencio y dedicando tiempo para tu oración. El buen servidor debe mantenerse constantemente en oración.

En la siguiente sección aprenderemos más sobre lo que la oración significa para nuestras vidas como servidores.

El Servidor ora parte dos

Nuestra oración

Cuando se nos invita a la oración, pensamos que es el tiempo para dirigirnos a Dios y pedirle algo o simplemente para agradecerle lo que ha hecho por nosotros.

Hay ocasiones, en las que pensamos, que Dios está con una varita mágica y que al momento en el que le pedimos, él moviendo su varita, nos conceda todo lo que le demandamos. Y hay de él si no nos da lo que le pedimos. Es entonces cuando le reclamamos y le preguntamos del por qué no nos complace si nosotros le hemos servido en todo lo que nos ha pedido.

Para que nuestra oración tenga sentido, es importante que sepamos que Dios sabe lo que necesitamos desde antes que le pidamos (Mt 6:8). Por lo tanto al Padre lo buscamos en la oración para adorarlo y alabarlo por su grandeza, por lo que él significa para nosotros y no necesariamente por lo que él pueda o no pueda hacer en nuestras vidas.

Dirigirnos al Padre en oración significa: Dejar a un lado todas aquellas cosas que nos perturban, inclusive nuestro propio ser. Es entregarnos en cuerpo y alma, confiando plenamente que nos dirigimos a él humillados ante su presencia, pensando y creyendo que verdaderamente contemplamos su rostro en Cristo Jesús (Jn. 14:8-9).

Es imprescindible pues, que comprendamos que al momento de nuestra oración, dejemos que sea Jesús, quien nos guíe en presencia del Espíritu Santo, hacia la contemplación visualizando su figura y en la profundidad de nuestras almas, abramos nuestros oídos internos para escuchar la Voz del Padre, dando descanso a nuestro propio espíritu (Hb 10:11-13).

En el momento en que nos dirigimos a Dios en oración, nuestros corazones pasan de ser la bodega de tantos orgullos, vanidades, rencores, odios y malos pensamientos, a ser el Templo de Dios en donde habita el Espíritu Santo (1 Cor 3:16) Es decir que nos adentramos a la parte más importante y más íntima en donde tendremos ese encuentro personal y directo con el Padre. Esto implica que debemos dejar nuestro ego personal y decir como Pablo: **"...y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí"** (Gal. 2:20).

El orar en Espíritu y en verdad

Cuando leemos las Escrituras, encontramos muchas maneras en las que se nos introduce o se nos enseña a orar. Una de ellas es la oración del Padrenuestro. Otra es la que hemos como Iglesia rezado por siglos y la cual nos ha ayudado en muchas maneras como lo es el Ave María y usualmente lo rezamos en el Santo Rosario. Pero una de las mejores maneras de oración es el de orar en Espíritu y verdad. (Jn 4:23).

¿Pero qué significa ese adorarlo en espíritu y verdad? Pues significa que estamos vinculados a él en conciencia, pero no obligados a él. Es decir que nuestro ser interior estará unido a él, pero sin ser forzados. Y el mismo Señor Jesús nos lo enseñó, dándose a sí mismo y mostrándonos su vinculación con el Padre, no forzadamente, sino que en una manera humilde, no obligado, pero con el libre deseo de hacerlo.

Por otro lado tenemos que estar conscientes que al adentrarnos a la oración interior, estamos aceptando voluntariamente tener ese encuentro personal con Jesús, así como él tuvo ese encuentro personal con su Padre. Veamos por ejemplo el Evangelio de San Lucas 22:39-42: "Después Jesús salió y se fue, como era su costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron también sus discípulos. Llegados al lugar, les dijo: «Oren para que no caigan en tentación» Después se alejó de ellos como a la distancia de un tiro de piedra, y doblando las rodillas oraba con estas palabras: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» Entonces se le apareció un ángel del cielo para animarlo. Entró en agonía y oraba con mayor insistencia. Su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo".

Que hermoso encuentro de Jesús con Abbá papito. Se debe llegar a tal punto que podamos dialogar con él de tal manera que en nuestro interior podamos descubrir el deseo fecundo del Padre para nuestras vidas. Y claro eso significa sacrificio y entrega total, aceptando lo que él disponga y no lo que nosotros queramos de él.

En nuestra oración buscamos no como Dios me puede agradar a mí, sino: como yo puedo agradar a Dios. Además recordemos que a Dios no lo debemos de buscar solamente en la algarabía (bullicio desordenado) y en medio de la euforia, más bien debemos buscarlo en el silencio de nuestras almas, ya que es ahí en donde verdaderamente podremos escuchar su Palabra. "La oración de fe no consiste solamente en decir «Señor, Señor», sino en disponer el corazón para hacer la voluntad del Padre" (NC 2611) (Mt 7: 21).

En la alabanza le cantamos y nos llenamos de alboroto y romanticismo; Más no debemos de quedarnos en ese momento. Tenemos que ir profundizando y poco a poco ir del canto alegre y precipitado, al momento de introducirnos a la presencia del Espíritu Santo. Es decir dejar que sea el mismo Espíritu del Señor, el que tome control de nuestra oración (Rom 8:26).

Hay que soltarnos al Espíritu de bondad, desistiendo de nosotros mismos para que él ilumine nuestro ser y, que sea él el que nos introduzca a la verdad total en medio de nuestra oración.

La pregunta que posiblemente nos estamos haciendo en este momento es: "¿Qué verdad es la que encontramos en nuestra oración?" Pues la de conocer al Padre que nos aparta de nuestra condición material y nos acerca a su presencia como el Padre Bueno que atiende a nuestras súplicas, desde la parte más profunda de nuestros corazones (1 Cor. 2:11-12).

Es en este momento, en el que tenemos la oportunidad de abrirnos completamente ante su presencia. Es aquí en donde posiblemente algunos de nosotros dejaremos que el Espíritu mueva nuestras lenguas y hablemos en idiomas en los cuales el mismo Espíritu nos conceda para hablar con el Padre (Hc 2:1-4).

Es aquí en donde nos preparamos para el siguiente paso de la adoración. Aquí dejamos todo nuestro dolor, angustia, pena, sufrimiento o alegría, para no pensar en nada más en querer iluminar nuestro corazón con la presencia de Dios. Es el momento en el que dejamos nuestras peticiones a un lado y vamos adentrándonos más al amor del Padre.

Jesús nos enseña a orar

"El Hijo de Dios hecho Hijo de la Virgen aprendió a orar conforme a su corazón de hombre" (NC 2599).

Jesús oró en todo momento. Antes de un milagro (Mt. 15:35-36) Durante su martirio en la Cruz del Calvario (Mc. 15:33-34) El Señor nunca dejó la comunicación con el Padre. Inclusive en los momentos en que pareciera que no mucho le interesaba los dolores de los demás, él siempre estuvo orando (Jn 11:21-22; 38:44).

El Señor siempre oró confiado en que el Padre lo escuchaba siendo toda su oración llena de entrega y humildad, dejando que fuera Dios mismo, quien obrara desde antes que se lo pidiese (Jn 11:41-43).

A pesar de su humanidad, Jesús nunca se dejó llevar por las circunstancias que le rodeaban, ni por los problemas, cansancios ni dolores (Mc 4:35-40). Él siempre sostuvo la comunicación con el Padre hasta el máximo, dando su propia vida por obedecerle. De la misma manera nuestra vida de oración debe de consistir en entrega y sacrificio, en obediencia y en amor (NC 2549).

Jesús nos enseña que debemos de confiar plenamente en el Padre, que nunca vengamos a él sin creer que lo necesitamos, él ya nos lo ha concedido (Mt 6:6).

Además el Señor también nos enseña que debemos tratar de alejarnos del bullicio del mundo. Que constantemente busquemos los lugares más silenciosos. Él, aprovechó a plenitud esos momentos a solas con el Padre, compartiendo su oración humana, en medio de sus debilidades y angustias (Lc 22:41-42), pidiendo constantemente por cada uno de sus seguidores y por las necesidades de su pueblo (Jn 17:9-11).

Jesús nos pide que dediquemos tiempo para nuestra oración personal. Que por un momento nos apartemos de lo que nos rodea y que sin desanimarnos doblemos nuestras rodillas para hablar con el Padre que escucha y que atiende a nuestras súplicas (Mc 14:37-38).

Uno de los aspectos más importantes de la oración de Jesús es que nos guía a la presencia del Padre a través de la oración de contemplación, es decir que nos lleva a un acercamiento más directo con Dios, hasta el punto tal que podemos lograr visualizarlo en el mismo Señor Jesucristo (Jn 14:7-14).

Si verdaderamente deseamos llegar a este momento, debemos reconocer que a Dios se le busca en los buenos y en los malos momentos. Hay quienes lo buscan solamente cuando se encuentran enfermos o porque sus hijos tienen problemas, etc., olvidándose de él cuando se encuentran bien.

Es por ello por lo que se hace muy difícil para muchos de nosotros lograr comprender del por qué estamos en tal situación (de enfermedad o dolor), y por más que pedimos al Padre que nos sane, es como que él no nos escucha. Pero debemos de aprender a perseverar en esos momentos de angustias, penas o enfermedades, sin preocuparnos del por qué Dios no nos atiende, más bien dándole gloria por los momentos difíciles que atravesamos.

Santa Rosa de Lima, oraba de la siguiente manera: "¡Padre, aumenta mis dolores, pero con la misma medida, auméntame tu amor!" Su bella oración nos enseña que tenemos que ir más allá del tiempo o el momento en el que nos encontramos; y es precisamente en ese instante en el que verdaderamente nos acercamos más y más al Señor.

Por supuesto que no solamente en la tristeza se encuentra al Señor. También lo encontramos en medio de la alegría, pues para llegar al lugar santo debemos de peregrinar con cantos y alabanzas y poco a poco ir adentrándonos hasta llegar a una contemplación total.

De alabanza a la contemplación

Hay unos puntos que tenemos que tomar en cuenta cuando nos iniciamos en el camino de la oración.

La alabanza

La adoración

La contemplación

Es bueno mencionar que el método que usemos personalmente puede ser muy distinto al que aquí nos referimos, pues cada uno de nosotros llevará una vida de oración muy diferente de otras personas y, la experiencia a su vez será distinta una de la otra.

Debemos notar también que el deseo de orar debe de ser sincero, exponiendo todo lo que somos al Padre. Recordemos que podemos engañar a muchas personas, e inclusive podemos hasta engañarnos a nosotros mismos, pero a Dios nunca lo podremos engañar. Él nos conoce mejor que nuestras propias madres. Dice su palabra: "Escúchenme, islas lejanas, pongan atención, pueblos. Yahvé me llamó desde el vientre de mi madre, conoció mi nombre desde antes que naciera" (Is 49:1). Por lo tanto seamos sinceros ante la presencia del Señor.

La alabanza

Es la manera usual en la que empezamos nuestro diálogo con el Padre. Es aquí en donde comenzamos a calentar el motor del vehículo que nos llevará hacia la presencia de Dios. "La alabanza es la forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Le canta por él mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que él es" (NC 2639). Es a través de los cánticos y de nuestra unión en la alegría del espíritu, como podemos dar inicio a una oración profunda, agradeciendo al Señor su inmensa misericordia por cada uno de los momentos en los que él ha obrado por nosotros.

Es éste el paso que necesitamos muchos de nosotros, para quebrantar el hielo de los corazones. La alabanza es la manera en la cual integraremos nuestro espíritu con el Espíritu del Padre, preparándonos interiormente con el deseo de dialogar con él y el deseo de visualizar su rostro (Fil 4:4-7). Como nos dice el Santo Job: "¡Ojalá que mis palabras se escribieran y se grabaran en el bronce, y con un punzón de hierro o estilete para siempre en la piedra se esculpieran! Bien sé yo que mi Defensor vive y que él hablará el último, de pie sobre la tierra. Yo me pondré de pie dentro de mi piel y en mi propia carne veré a Dios. Yo lo contemplaré, yo mismo. Él es a quien veré y no a otro: mi corazón desfallece esperándolo" (Job. 19:23-27).

Desde el momento de la alabanza, nuestras almas empezarán a disfrutar de la presencia del Padre en el Espíritu Santo, lanzando nuestra oración al Señor en una acción

de gracias y llenando nuestro ser de un gozo tal que podremos desde el mismo inicio experimentar a Dios obrando desde ya, en nuestras vidas (Sal 68:33-36; Ex 15:11-18).

La adoración

Es la primera actitud de nuestro espíritu al reconocer que hablar con el Padre a través de Jesús, lo hacemos libre de todo pensamiento material y que lo reconocemos en el silencio de nuestros corazones, un momento lleno de entrega y humildad, aceptando su Espíritu de amor y bondad en lo más profundo de nuestro ser, teniendo en cuenta que somos sus hijos amados.

Es éste el momento en el que el Espíritu conduce nuestras almas a la exaltación del Padre. Es el tiempo en el que lanzamos palabras llenas de humildad, reconociéndolo como el verdadero Dios; como el verdadero Señor de nuestras vidas; como el que nos muestra su imagen preciosa, con los brazos abiertos y diciendo a nuestros corazones "¡Hijo te amo, hija te amo!"

Podemos reconocer a través de la adoración, que él está verdaderamente ahí al lado nuestro y que con nuestras palabras, exaltamos su nombre alabándolo y glorificándolo en lo más íntimo de nuestro ser (Sal 96:1-7).

Adorarlo es hacerlo nuestro verdadero Padre, es saber escucharlo y saber atender a su voz en nuestros corazones; Es poder palparlo y abrazarlo en medio de nuestras penas, dolores y sufrimientos; Es decirle un "¡Te alabo y te exalto, porque tú eres mi Dios y mi Señor!" Es poder derramar lágrimas de alegría; es extender nuestros brazos y cantarle alabanzas desde lo más profundo de nuestro corazón; Es poder decirle Abbá papito; es injertarnos en toda su grandeza y proclamarlo Rey de reyes y Señor de señores.

"Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la «nada de la criatura», que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en la Magnífica, confesando con gratitud que él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo. La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo" (NC 2097).

La contemplación

Es el momento en el que profundizamos en nuestro diálogo con el Padre, el instante en el que contemplamos el rostro del Señor.

Hablar de contemplación significa que, nos dejaremos llevar por la presencia de Dios, experimentando el estar a su lado, desde el punto más profundo del corazón, en el silencio de nuestras almas.

Es por ello por lo que muchos de nosotros no alcanzamos este nivel de oración. Nos esforzamos en pensar como Dios nos va a agradecer y no guardamos el silencio necesario.

Contemplantlo es vernos anonadados ante su presencia, es no pensar en "yo y Jesús ", sino en el Jesús total.

En la oración de contemplación, buscamos siempre a Jesús a quien no se le tiene que dirigir palabra alguna para poder disfrutar de su presencia. Más bien, se trata de verlo y de escuchar su voz en nuestro corazón (Hc 2:25-28). Porque si es cierto que a Dios no se le puede ver, también es cierto que lo podemos contemplar a través de ver a Jesús, pues "él es la imagen del Dios que no se puede ver" (Col. 1:15).

Es en este momento en el que podremos experimentar su real grandeza, dirigiéndose a nosotros con amor y ternura. Es poder ver su imagen reflejando su Luz eterna sobre nosotros, sembrando en nuestros corazones un espíritu de paz y de armonía.

Qué más se podrá decir de este momento tan especial, si no lo vivimos, si no lo experimentamos nosotros mismos, nunca podremos descifrarlo a plenitud.

Entonces diremos que la contemplación es el momento más importante dentro de la oración, pues ella nos lleva directos a la presencia de Dios por medio de Jesús a través del Espíritu Santo.

Para terminar esta sección, tenemos que recordar dos aspectos importantes dentro de la vida del servidor de Dios: 1. Que somos sus hijos y 2. Que tenemos que vivir, una vida constante de comunicación con él. Voy a recordar nuevamente esto: "No podemos ser fieles servidores, cuando solamente nos dedicamos a hablar de Dios a los demás". Por el contrario, nuestro deber como cristianos servidores es el de tener un diálogo constante con el Padre, para poder llevar su mensaje de salvación a la humanidad. Tenemos que vivirlo y disfrutarlo en la oración, para trasmitir esa misma alegría a los corazones que están en necesidad de experimentar la paz y la alegría del Señor.

"Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y prosigan sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo a favor de todos sus hermanos" (Ef. 6:18).

Reconciliación

"La Iglesia obliga a los fieles «a participar los domingos y días de fiesta en la divina liturgia» y a recibir al menos una vez al año la Eucaristía, si es posible en tiempo pascual, preparados por el sacramento de la Reconciliación" (NC 1389).

Como servidores, debemos de estar consciente que para servir a Dios, tenemos que estar, con conciencia tranquila, libre de remordimientos interiores, como exteriores.

Recordemos que no podemos servir, sin antes haber ido con aquella persona con la cual se está con rencores y enojos o para mejor decir en otras palabras: Ir con todo aquel con los que estamos "pleiteando".

Los documentos de Santo Domingo nos invitan a ser parte integral del Señor en la Nueva Evangelización, "...en una adhesión personal a él y a la Iglesia de tantos hombres y mujeres bautizados que viven sin energía el cristianismo, pues han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio" (DSD conclusiones 26 párrafo 5³). Sin reconciliación, ¿cómo podríamos adherirnos al Señor? No podemos llevar ese Evangelio de amor y salvación, si nosotros vivimos con odios y rencores. ¿Qué le daremos a mostrar a los bautizados, que no han sido evangelizados?

En la clase anterior, hablamos sobre la oración y dijimos que en la oración está: "La promesa de ver a Dios que supera toda felicidad... El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden conceder"; pero no podemos orar, y ni siquiera podemos ver el rostro de Dios, cuando se vive una vida de enemistad con los demás. "Y cuando se pongan de pie para orar, si tienen algo contra alguien, perdónenlo, para que el Padre de ustedes, les perdone también sus faltas" (Mc 11:25).

Cómo pretendemos estar en el camino del Señor, cuando ni siquiera estamos reconciliados con nosotros mismos. A veces por la vida que hemos vivido, traemos con nosotros un rencor desde pequeños y a pesar de que ya hemos vivido, nuestro retiro de iniciación y sopotocientos retiros de crecimiento, no nos ha sido posible sacar esa espinita que llevamos clavada muy dentro de nuestro corazón.

Es cierto que es difícil, poder llegar a ese lugar en nuestro corazón, especialmente cuando el daño que se nos hizo es tan grande, que ha afectado completamente todo nuestro ser. A lo mejor, la persona que nos hizo ese daño es nuestro propio padre, madre, hermano, el sacerdote de nuestra parroquia, o ese ser querido que abusó un día de nuestra confianza y, por lo tanto, eso mismo, nos impide tener una reconciliación completa.

³ Aciprensa: "Documentos de Santo Domingo" Tomado de: [Viaje apostólico a América Central: A la Asamblea del Celam en Port-au-Prince \(Haití, 9 de marzo de 1983\) | Juan Pablo II \(vatican.va\)](#)

Pero para poder estar en el camino, y en el mismo servicio, debemos de buscar la reconciliación a toda costa, sin importar cuánto debemos de caminar, o cuánto debemos de profundizar, buscando a esa persona, pues si no logramos esa reconciliación, el Padre no nos dará nuestra propia reconciliación con él. "En cambio, si no perdonan las ofensas de los hombres, tampoco el Padre los perdonará" (Mt 6:15).

Por otra parte, nuestro rencor y enojo es con nosotros mismos, por la vida que llevamos o hemos llevado y por más que luchemos, no logramos cambiar nuestra manera de vivir y eso nos hace estar enojados con nosotros mismos. Y ¿cómo podemos dar un buen servicio, si no podemos controlar nuestra propia persona? A lo mejor hemos cometido un pecado al entregarnos en sexo desordenado, siendo infiel a nuestro esposo o esposa y nuestra conciencia, nos anda molestando constantemente y cuando nos arrepentimos, decimos que ya no lo volveremos a hacer, y al darnos la vuelta estamos otra vez en lo mismo y eso te hace despreciarte a ti mismo y sientes que no tienes perdón. Primero que nada, tenemos que ser fuertes y ante todo, ponernos ante la presencia de Dios y en él armarnos con la fuerza del Espíritu Santo y decir "¡no!" Y luego empezar por reconciliarte contigo mismo, perdonando todo cuanto hiciste en contra de tu cuerpo y tu espíritu.

El otro rencor que posiblemente tengas en este momento es en contra de Dios, pues él te quitó al ser que más querías o porque no cumplió con el milagro que tú le pediste. Y aunque esto pareciera difícil de entender, es curioso darnos cuenta de la cantidad de servidores, que sirven, sin creer en el poder reconciliador del amor del Padre (yo fui uno de ellos).

Somos hermanos de mi corazón, criaturas nuevas. Pablo dice de nosotros: "Toda persona que está en Cristo es una creación nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha llegado. Todo eso es obra de Dios, que nos reconcilió con él en Cristo y que a nosotros nos encomienda el mensaje de la reconciliación" (2 Cor 5:17-18).

Hoy tenemos que dar ese paso de reconciliarnos con Dios, porque si no lo hacemos, nunca podremos verdaderamente reconciliarnos con nosotros y si no podemos reconciliarnos con nosotros, menos podremos reconciliarnos con los que nos ofendieron y menos podremos llevar ese mensaje de reconciliación a la humanidad. "Pero si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad" (1 Jn 1:9)

"¿Cuántas veces debemos de perdonar a quien nos ofende?" Preguntaba Pedro a Jesús "Setenta veces siete" responde el Señor. Eso nos cuesta verdaderamente (Mt 18:21-22). Si perdonar una sola vez es difícil, perdonar setenta, aún más difícil ¿no es cierto?

Tenemos que aprender a perdonar y no de palabra, sino que de un corazón puro y abierto, experimentando paz en el momento de la reconciliación. Si la paz no existe, entonces no hemos perdonado de corazón. Jesús nos cuenta una parábola bien interesante en el Evangelio de San Mateo, capítulo 18 y versos del 23 al 35. En ella, él nos relata del

hombre que no perdonó a su compañero, después de haber obtenido el perdón de su patrón. Al final de la parábola, Jesús nos dice: "Así hará mi Padre Celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos".

Nunca podremos compartir verdaderamente nuestro servicio con los demás, si no se vive una vida reconciliada con los otros. ¿Con qué cara de hipocresía, nos mostraremos al mundo, si no podemos voltear a ver a nuestro hermano, solo por el hecho de no haberlo perdonado?

Y más sin embargo, venimos ante la presencia del Señor y suplicantes pedimos el perdón de nuestros pecados, sin haber nosotros mismos perdonado. "Al ver esto, Simón Pedro se arrodilló ante Jesús, diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador»" (Lc 5:8).

En la oración del Padre Nuestro, decimos repetidas veces esa misma frase: "Y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden" ¡Qué mentira tan grande! Toda llena de hipocresía y falsedad. ¡Ah! pero cuidado si Dios no nos perdona. Hay de él si no nos perdona. Tenemos que ser honestos con nosotros mismos y honestos con los hermanos a los que servimos.

Nuestra Iglesia, nos invita al sacramento de la reconciliación. Este sacramento muy poco usado por los católicos en la actualidad nos lleva a reconocer que estamos equivocados y en el sacramento, podemos experimentar el perdón del Señor en nuestras vidas. Pero para que ese perdón sea real, hay que ser honestos y verdaderamente estar arrepentido de nuestras culpas, perdonando a nuestros ofensores, incluyendo a nuestra propia persona.

Por lo tanto, todo aquel que desee servirle al Señor, debe de estar totalmente reconciliado. Y cada vez que mires a esa persona que te hizo daño, en vez de odiarlo, debes de amarlo.

No tratemos de buscar venganza, para solucionar el daño que nos hicieron, más bien hagamos lo que nos dice el Señor en su Palabra: "Yo castigaré, yo daré lo que corresponde. Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; haciendo eso amontonarás brasas sobre su cabeza" (Rom 12:19-20).

Si alguien levantó un chisme en contra tuya, y ese chisme no es verdad, de que preocuparte. En vez de trastornarte, mejor ora por el hermano o la hermana que inventó el chisme. Y si tienes la oportunidad, ve con él o ella y sin gritos, platicar y preguntar el motivo del chisme, para que puedan en el Señor, encontrar el amor de Dios en la vida de los dos.

Solamente reconciliados, podremos servir y vivir en oración. El que no perdona, nunca obtendrá el perdón de Dios. Más el que perdona, hallará gracia ante la presencia del Señor.

"Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar" (NC 1385).

¿Quién de entre nosotros puede decir que se siente libre de pecado? No creo que haya tan sólo uno que se atreva a decirlo, pues "todos hemos pecado y a todos nos hace falta la gracia de Dios" (Rom 3:23).

Dejemos que la gracia de Dios se apodere de nuestro ser y vivamos no la "vida loca" del mundo con sus pecados, odios y rencores, más bien, vivamos una vida de armonía entre nosotros, amando a Dios sobre todas las cosas, al prójimo y a la naturaleza, como a nosotros mismos. Solamente en Cristo hay reconciliación. Solamente en él podremos ser verdaderamente felices servidores y proclamadores de la Nueva Evangelización. Porque de nada nos serviría todo lo demás, sino vivimos en medio de amor y dispuestos a pedir perdón, como nosotros perdonamos a los que nos hicieron pecar.

¿Cuándo fue la última vez que te confesaste? Si no lo has hecho por un tiempo, es el momento para hacerlo. De lo contrario, lo repito nuevamente: "No vivirás a plenitud lo que estás proclamando". Ese es el sacramento central antes de la comunión y como servidor católico, lo debes de practicar.

Santa Eucaristía

Una de las muchas maneras, en las cuales podemos experimentar la presencia del Señor en nuestras vidas, es por medio de la Santa Eucaristía (la más importante) Un buen servidor, tiene que ser consciente de la importancia de comulgar constantemente, pues el hecho de hacerlo nos acerca más a Dios, ya que en el Cuerpo de su Hijo Jesús, encontramos su bendita presencia y al comulgar, estamos diciendo: "Sí Padre te amo y en tu amor me refugio".

Un buen servidor tiene que tener presente que antes de estar al servicio de Dios, antes de servirle a los demás, antes de visitar enfermos, asilos, cárceles, tiene que primero que nada estar en comunión con el Padre. Te imaginas tú que estás invitando a todo el mundo a una gran cena para celebrar tu aniversario de bodas y preparas comida para toda la gente y de todas las invitaciones que has mandado, solamente unos cuantos se aparecen. Cómo te sentirías con esa respuesta de tus amistades. Y lo que más dolería sería que los que no asistieron, empezaran a hablar de tu fiesta, sin siquiera ellos haber estado en ella.

De la misma manera hermano, si asistimos a la comunión, si asistimos a compartir el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestra conciencia tiene que estar limpia, pues si vamos a comulgar en pecado, eso mismo nos llevará a nuestra propia condenación. Como nos dice la primera carta a los Corintios 11:26-29 "Fíjense bien: cada vez que comen de este pan y beben de esta copa están proclamando la muerte del Señor hasta que venga. Por tanto, el que come el pan o bebe la copa del Señor indignamente peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Cada uno, pues, examine su conciencia y luego podrá comer el pan y beber de la copa. El que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación por no reconocer el cuerpo"

En la clase anterior, hablamos con respecto a lo que es la reconciliación. En esa clase pudimos comprender la importancia de estar conciliados con todos los que nos rodean, incluyendo nuestra propia persona y nuestra conciliación con Dios. Ahora tenemos que profundizar más en el aspecto personal.

Cuando uno vive con conciencia intranquila, puede llegar a cometer errores que luego vamos a querer quitar de nuestras vidas, pero que por el tiempo que llevamos en ello, se nos hace difícil de hacerlo. Es decir que cuando nosotros vivimos en constante pecado, cualquiera que este sea, ello nos aparta de la presencia de Dios.

Dios se dio a sí mismo por amor. Él, en su grandeza, se partió por cada uno de nosotros. "Después tomó pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía" (Lc 22:19).

Tomó el Pan y lo partió. El amor del Padre no se queda reflejado solamente en la Cruz del Calvario. ¡No! Su amor eterno lo plasmó en el momento de la consagración de la Santa Eucaristía.

Muchos de nosotros los servidores, no creemos en el poder de la comunión. No logramos muchas veces comprender el poder sanador y salvador del Cuerpo y la Sangre. Por eso es por lo que venimos a servir, no más por servir, sin experimentar a plenitud su grandeza en nuestras propias vidas.

Cuando reconocemos su poder, cuando podemos experimentar su bendita presencia en medio de esa consagración, es cuando verdaderamente vamos a servir al Dios verdadero y no al dios que nosotros inventamos, al que decimos servir.

Además si decimos que creemos en ese Cuerpo partido, pero no comulgamos, entonces verdaderamente no lo creemos. Debemos de ser honestos con nosotros mismos y honestos con los hermanos a los que servimos. Qué clase de ejemplo estamos poniendo a los demás, cuando nosotros mismos no hacemos lo que predicamos. Recuerda Jesús puso un ejemplo claro. Él hacía lo que predicaba. Cuando él dijo: "Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes...". Él cumplió lo que dijo; no se anduvo con tantos cuentos, ni predicó, solamente para que el pueblo dijera: "qué bonito predica". Él predicó con su propio ejemplo y por lo tanto si nosotros nos decimos servidores o discípulos del Señor, tenemos que estar plenamente viviendo lo que estamos predicando.

¿Cuántos de nosotros, solo llevamos almas a los pies de Jesús y no venimos nosotros mismos, a sus pies? No es posible que tanto tú como yo, no vivamos de acuerdo al Evangelio, qué no vivamos acuerdo a la voluntad del Todo poderoso.

Jesús mismo lo dijo: "Hagan esto en memoria mía" Pero qué es lo que está pasando con nosotros. Qué es lo que está verdaderamente sucediendo en nuestras vidas que ya no nos importa la presencia de Jesús en la Santa Eucaristía. Tanto así estamos, que cuando servimos, decimos que estamos con un corazón entero y dispuesto a ser, su santa voluntad, pero vivimos nuestras vidas sin compartir su Cuerpo y su Sangre. Esto hermano de mi corazón es falsedad.

Si tú estás viviendo en pecado y sabiéndolo, de todas maneras le sirves al Señor, Tu servicio, será tomado en cuenta, pero no sé si verdaderamente entrarás a la tierra prometida. "Y le dijo Yahvé: «Esta es la tierra que prometí a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y juré que se la daría a su descendencia. Dejo que la veas con tus propios ojos, pero no entrarás en ella» Allí murió Moisés, siervo de Yahvé, en el país de Moab, conforme Yahvé lo había dispuesto". Y todo por una desobediencia de Moisés.

Si estás en pecado, te invito a que te confieses y con un corazón arrepentido, te encamines hoy, a entregarte a Jesús, compartiendo su cuerpo y su Sangre.

Si tú no estás casado, hoy te invito a que te cases, y así en compañía de tu cónyuge, puedan juntos experimentar la presencia bendita del Señor.

Un verdadero servidor, es aquel que, con un corazón abierto se humilla ante su presencia y arrepentido de sus pecados, comparte su Cuerpo y su Sangre. Ese Cuerpo es el

que nos da las fuerzas para seguir adelante. Esa es la Sangre de la Nueva alianza. Esa Sangre que es el manantial de agua viva, de la cual ya nunca tendremos más sed.

La Santa Eucaristía es "El alma de todo apostolado" (NC 864). Es decir que sin compartir su Cuerpo y su Sangre, nunca podremos verdaderamente participar de un apostolado total y real.

"Los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu; incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor" (NC 901).

Dios Padre es un ser de amor y sobre todo de mucha paciencia con sus hijos amados. Él siempre está en espera a que retornemos a él y qué, como invitados especiales, disfrutemos de su Carne y su Sangre en plena acción actuando en nuestras propias vidas.

Ya no sirvamos a medias, pues aunque consagremos nuestras vidas al servicio del Señor, pero si no comulgamos, entonces ¿cómo podremos verdaderamente vivir ese servicio que prestamos a los demás?

"Nuestra participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo" (NC 1000). En ella, podremos verdaderamente alcanzar la vida eterna. Ella es como un anticipo de la gracia divina en nuestras vidas de alabanza y oración y nos acerca más y más a nuestra morada eterna, la Nueva Jerusalén. A la vez, nos prepara con anticipación para el día de la resurrección. "Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la Eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección" (NC 1000).

En la Eucaristía, podemos encontrar la respuesta a nuestras propias necesidades, y consagrados en ella, podemos a su vez, encontrar la paz anhelada en nuestro corazón.

"Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos «manifestaremos con él llenos de gloria» " (Col 3, 4) NC 1003

Por lo tanto podemos decir entonces que la Santa Eucaristía, es el centro de nuestra vida cristiana y, sobre todo es el centro de nuestra propia vida en Cristo Jesús.

¿Quieres alcanzar la vida eterna? ¿Quieres servir a Dios todo poderoso? ¿Quieres que él haga prodigios y grandes milagros por medio de ti? Si tu respuesta fue sí a todas estas

preguntas, entonces es necesario, que no solamente prediques y le sirvas como cualquier otro o como hermano separado. Tienes que servirle realmente en cuerpo, alma y espíritu. Recuerda que Juan nos dice en su Evangelio: "Llega la hora y ya estamos en ella en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (Jn 4:23).

Dios nos quiere enteros a su servicio y no a medias. Lo vuelvo a repetir: "si no estás comulgando, tu servicio está a medias " No hay excusa para el católico consagrado, para no comulgar. No hay manera de evadir la verdad y la realidad de nuestro servicio. Solamente cuando compartimos el Cuerpo y sangre de Cristo Jesús, es como verdaderamente serviremos a plenitud y con entera confianza traeremos almas a los pies de Jesús, pues nosotros vivimos lo que estamos predicando.

Yo sé que, lo que estamos leyendo, es duro, pero así como es de duro, así de real, será nuestra ida al cielo y sobre todo de mucha alegría en el momento en el que frente al rostro del Padre, podamos decir: "**¡Padre misión cumplida!**" ¡Amén! ¡Aleluya!

Entonces hermano confiesa tus pecados y comulga para la gloria del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Conclusión

Bueno con esto damos por terminado nuestro primer libro de formación para servidores. Es importante reconocer que debemos de educarnos en todos los aspectos de nuestra fe y profundizar en la sagrada doctrina de nuestra bendita Iglesia Católica para que no andemos como tontos, al dejarnos influenciar por doctrinas que buscan simplemente llenarse los bolsillos a costa de nuestra ignorancia.

En el próximo libro ([¿Por qué evangelizamos?](#)), nos enfocaremos más a profundidad sobre todos los aspectos de nuestra vida espiritual y como ello nos conduce a un mejor servicio a Dios, nuestra familia y a nuestra comunidad.

Recordemos que estamos llamados para un compromiso en el amor. Si nos dejamos envolver por su amor, entonces podremos amar de acuerdo al plan perfecto de Dios para nuestras vidas.

Dios te bendiga y que nuestra Madre María te proteja con su manto santo.

René Alvarado Pan de Vida, Inc.